La pecera a ras del suelo

Por Shyvirelle

Detrás de la pecera, Tania encontró una caja de tornillos con una etiqueta que decía «No tirar» y dos pinzas oxidadas. Tiró las pinzas y se llevó la caja hacia el fregadero. Dejaría la pecera para el día siguiente. No podía levantarla sola.

Llevaba tres semanas vaciando el piso de su tía. Ya no había cuadros ni cortinas. Al caer la tarde, la luz del pasillo entraba por la puerta entreabierta, atravesaba el vidrio seco y dibujaba en el suelo cuatro sombras largas: los bordes oscuros del tanque y las líneas más finas de sus juntas.

Tania estaba junto al fregadero cuando vio moverse algo a su derecha.

No era una sombra de agua. No había agua. Un pez estrecho, de cola transparente, avanzaba despacio por la franja negra que proyectaba el borde de la pecera. No nadaba dentro del vidrio: recorría el suelo, justo donde la luz no llegaba. Más cerca de la pared apareció otro, pequeño como el pulgar de Tania.

Ella dejó la caja de tornillos y se agachó. Si acercaba la mano, no tocaba escamas; encontraba las baldosas frías. El pez seguía allí, visible entre sus dedos. Cuando la sombra se interrumpía por el canto de una baldosa, el cuerpo pasaba de una parte a otra sin detenerse.

—Basta —dijo, aunque no había nadie a quien decírselo.

Fue hacia el interruptor. Al avanzar, los peces giraron la cabeza en dirección al fregadero. Tania se volvió. El fregadero estaba vacío.

Probó a cerrar la puerta del piso. La luz del pasillo se estrechó y las franjas de sombra se acortaron. Los peces desaparecieron en cuanto la última línea oscura se borró. Cuando abrió de nuevo, surgieron dos siluetas sobre el suelo, como si hubieran estado aguardando al otro lado de una tela.

El pequeño miraba hacia el fregadero. El más grande, hacia una baldosa próxima a la ventana. Tania recordó que un minuto antes había ido allí a recoger un clavo. Era una coincidencia incómoda, pero todavía podía serlo.

Arrastró el abrigo que había dejado sobre una silla y lo extendió fuera de las franjas. El abrigo proyectó una sombra ancha y suave, sin bordes de cristal. Ningún pez se trasladó a ella. Después puso el abrigo sobre una esquina del tanque, tapando una de las caras. La franja correspondiente desapareció y con ella desapareció el pez pequeño.

Así que no seguían cualquier oscuridad. Necesitaban las sombras de la pecera.

Tania miró el reloj de pared, detenido desde hacía años, y encendió el cronómetro de su teléfono. Se puso sobre una baldosa amarillenta, al lado del fregadero. Contó sesenta segundos sin moverse. Luego caminó hasta la ventana, desde donde aún distinguía las sombras en el suelo.

El pez grande recorrió media franja y giró hacia la baldosa amarillenta.

Tania esperó otro minuto junto a la ventana. Notó que había empezado a apretar el teléfono tanto que le dolían los dedos. Cruzó entonces hasta la puerta, sin apartar los ojos del suelo.

Ambos peces giraron hacia la ventana.

La baldosa amarillenta quedó detrás de ellos, olvidada. Un minuto después, si alguien entrara y mirase, ¿hacia qué lugar volverían las cabezas? ¿Buscarían los peces al recién llegado o los lugares por los que había pasado ella? No quería probarlo con otra persona.

Pasó un buen rato observando la franja más larga, la que llegaba desde la base del tanque hasta casi el umbral. Su tía nunca había tenido peces; había comprado la pecera para criar plantas acuáticas y la había abandonado antes de llenarla. Tania lo sabía porque había encontrado el recibo. Nada de lo que estaba viendo podía ser un recuerdo del animal que había vivido allí.

Un tercer pez apareció sobre la junta de dos baldosas. Este no se desplazó hacia ningún lugar. Mantuvo la cabeza cerca del borde y la cola apuntando al pasillo. Tenía una marca clara en el costado, como una abertura.

Tania levantó el tanque apenas unos centímetros. Las líneas negras cambiaron de sitio. Los dos peces que conocía se deslizaron con ellas. El tercero quedó un instante sobre una zona iluminada y desapareció. Le temblaban tanto los brazos que tuvo que volver a dejar el vidrio en el suelo.

Desde el corredor llegó el golpe apagado de una puerta. Tania no escuchó pasos después.

El pez de la marca reapareció en la sombra que el borde cercano dibujaba junto al umbral. Orientó la cabeza hacia el pasillo. Ella no había estado allí durante el minuto anterior; lo había pasado junto a la pecera. Por primera vez no pudo relacionar el giro con un sitio suyo.

Miró por la rendija. Al otro lado, la vivienda del fondo estaba desocupada desde el invierno. No se veía luz bajo su puerta. Había un felpudo gris que los dueños nunca habían retirado.

Tania tuvo la sensación de que alguien acababa de asomarse a la pecera desde fuera, pero el pasillo seguía vacío.

No se permitió otra prueba. Tiró del picaporte con fuerza. La puerta se abrió por completo, tapando el haz oblicuo que entraba desde el corredor. Las cuatro franjas se deshicieron. Los peces desaparecieron del suelo del apartamento.

Tania respiró sin moverse. Al otro lado de la hoja abierta, una lámpara del techo seguía iluminando el pasillo. El marco de la puerta del piso vacío proyectaba una sombra estrecha sobre su felpudo. Allí estaba el pez de la marca clara, inmóvil, sin la menor intención de girar.

No había luz encendida en aquella vivienda.

Tania cerró la puerta de su tía muy despacio. Desde dentro no podía ver el felpudo. Tampoco quería saber a dónde había estado mirando aquel pez durante el último minuto.